

DRAMA TRAGICO EN UN ACTO.

M A R C O A N T O N I O

Y C L E O P A T R A .

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

PERSONAS.

*Marco Antonio.**Cleopatra.**-Octaviano.**Soldados.*

*Magnifico Gabinete de gusto Asiático
y sobre un Sofá sentados Marco
Antonio y Cleopatra.*

Cleop. Marco Antonio, Señor, mi bien,
mi esposo,

de mi beldad y de mi solio dueño,
qué tienes? qué deseas? qué te agita?

No te obedecen todos en mi reyno
como á señor y dueño soberano?

Pues qué cosa le falta á tu deseo?
Habla, díme que tienes? qué imaginas?

no me ocasiones tan cruel tormento,
que mirarte s in gusto ni alegría,

es un dolor que resistir no puedo.

Ant. Prenda del alma mia, á quien dedica
mi corazon amante sus afectos,

no todos los instantes son iguales;
en medio de los bienes que poseo,

envenena mis gustos la memoria
con dolorosos trágicos recuerdos.

Octaviano te vió, y enamorado
de tan hermoso peregrino objeto,

quiso que conquistára tu persona,
y yo á la ley de la amistad atento

á Alexandría vine; ví tus gracias,
te amé, correspondiste al dulce fuego

que abrasaba mi alma, fuí tu esposo,
y pérfido al amigo: además de esto,

el Senado de Roma, de sus armas
y sus legiones dándome el imperio;

me mandó que este reyno sujetara,
mas qué sirven inútiles preceptos?

tú á mí me sujetaste, en la cadena
feliz de tu hermosura prisionero,

todo lo abandoné; mal Ciudadano,

mal amigo, y en fin, mal caballero
fuí por amarte, y aunque reconozco
que volveria á hacer siempre lo mismo
tal vez la fantasía me propone
con eficacia tal estos recuerdos,

que llenando mi alma de congojas
me atormenta cruel mi pensamiento.

Cleop. Reconozco muy bien, que á mi belle-
pospusiste, señor, tantos respetos; (za
pero yo aun hice mas, pues declarada
enemiga de amor, quemé sus templos,
leyes establecí las mas severas

de este Numen opuestas al imperio,
la inclinacion mas pura é inocente,

el cariño mas fino y mas honesto
fué para mi delito abominable,

que encontró en mi rigor el escarmiento.
Vengóse la Deidad irresistible:

de Alexandría te conduxo al puerto:
ví tu persona y en el mismo instante

se trocaron mi ser y pensamiento.
Ya no era Cleopatra aquella altiva

que aborreció de amor el dulce fuego
abominó las leyes promulgadas

contra el vendado Dios, todo su es-
fuerzõ

(dos,
puso en amar y aun en que amasen to-
tomando en ella conocido exemplo.

Alexandría es hoy segunda Chipre;
todo es amor: los públicos festejos,

los bayles y en fin quantos incentivos
se hacen lugar en los sensibles pechos,

si otro tiempo de aquí se desterraron,
ya vuelven á vivir como en su centro:

y por quién? por tí solo, dueño mio,

mas qué mucho si tu eres mi consuelo,
mi bien, mi dulce gloria, mi regalo,
alma del alma que me presta aliento.
Y podré arrepentirme? si, no hay duda,
pero tan solamente de aquel tiempo
que ignoré las dulzuras que disfruto,
y carecí del bien que ya poseo:
muero de amor por tí, pero es tan grata
esta muerte dulcísima que siento,
que no hay dichosa vida que la iguale,
toda en tí transformada nada veo
que tu no seas, de adorarte vivo;
acaben pues tristesimos recuerdos
que á funestar nuestras venturas vienen.
y de amarnos el plácido embeleso
inspire en tan unidos corazones
inalterable paz, feliz sosiego:
y admire el orbe en los futuros siglos
tan alta union como envidiable exemplo.

Ant. Ah! que tanto mostrarte enamorada
me hace infeliz, pues imposible veo
pueda corresponder el pecho mio
de tan altas finezas el exceso:
mas si amándote yo: *clarines á lo lejos.*
mas qué clarines
llenar el ayre de marcial estruendo?

Sale un Soldado. Qué haces así, señor,
quando Octaviano,

tus naves á pavesas reduciendo,
por la parte marítima los muros
de Alexandria asalta? *Ant.* Santos Cielos!
qué dices? ay de mí! no estaba el alma
preparada á tan trágico suceso!

Octaviano en el Asia, y yo ignorante?
tal es de Roma el odio que padezco
que entre tantos amigos obligados
con quienes compartí mi valimiento,
no hubo un alma sensible, un pecho
grato,

que avisarme pudiera de este riesgo?
Pero necio, qué digo? bien sabia
que Octaviano adoraba el embeleso
de Cleopatra, que era indispensable
concitase sus iras el extremo
de mi perfidia, que las armas todas
obedecen rendidas á su imperio,
que era amante; sensible, poderoso
y se hallaba ultrajado; pues sabiendo
todas estas razones, como pude

ignorar que vendria su ardimiento,
á castigar de la amistad la ofensa,
y la de toda Roma, que este reyno
agregar á su solio pretendia?

Clarines mas cerca.

mas ya se oyen cercanos los acentos
del militar tumulto, ya es preciso
echar á la fortuna todo el resto
y acordarme que soy el fuerte Antonio
que las Romanas armas conduciendo
logró nombre inmortal con sus hazañas
ó vencer ó morir solo deseo.

En acto de irse. (xas

Cleop. Detente: ¿ dónde vas? así me de-
entregada á un amargo desconsuelo?
pero si basta para darme muerte
solamente el temor de verte expuesto,
conduceme á las armas y al peligro;
vibrar la espada y el luciente acero,
no es nuevo para mí; tu nacion misma
será de esta verdad seguro exemplo,
pues repetidas veces sus legiones
postraron á mi brio su ardimiento,
y quando mas no pueda denodada
te serviré de escudo, el blanco seno
ofreceré á las armas enemigas
tu vida con la mia defendiendo;
y en fin si irresistible y conjurado
nos rodea el destino siempre adverso,
y es preciso morir, muramos juntos,
muramos como amantes verdaderos,
reciban nuestros labios amorosos
los últimos suspiros que exálemos,
y sean de dos pechos tan unidos
nuestros amantes lazos mauseléo.

Ant. Y lo consentiria? Antes ayrado,
de Jove vengador, el duro ceño,
sobre mí sus rigores execute,
abrasadores rayos despidiendo;
que en caducas pavesas me conviertan
y acaben de una vez el sé que tengo.
Si adelantar no quieres mi ruina,
muda, mi amado bien, muda de intento:
yo basto solo, si, yo basto solo
á contrastar el orbe, aun careciendo
del valor que me inspira tu hermosura,
cuyo conservacion sola deseo:
si mi memoria vivas se presentan
las diferentes victorias que cifieron

mi frente de laureles; por mis venas
discurre oculo poderoso fuego
que me transporta y en furor me en-
ciende,

corro á las armas, al peligro vuelo,
por tí, por mí, por tu fortuna y mia,
por tu amor... á esta imágen ya no puedo
resistir de mi brio los impulsos:
desciendo Marte desde el alto asiento,
que yo le venceré si tu me animas,
y postraré á tus pies el orbe enteró.

Cleop. Aguarda, espera, Antonio.

Ant. No me impidas esta resolución, pues insta el tiempo.

Cleop. No haré tal; pero quiero que de-
fieras

á Alexandría, en tanto que yo llego
á presentarme osada á tu enemigo.

Ant. A Octaviano? *Cleop.* Qué temes?

Ant. Nada temo,
sino que eres hermosa, y el amante,
poderoso y ::

Cleop. Ingrato, ahora zelos?

Ant. Pues por ventura ahora no te amo?

Cleop. Aun no vives seguro de mi afecto?

Ant. Temo lo riguroso de mi estrella:
pero dime, Señora, con qué intento
á Octaviano resuelves presentarte (tos
y como... *Cleop.* No tan útiles momen-
malogremos: Antonio, de mí fia.

Ant. Y tu de mi valor, y de mi esfuerzo.

Cleop. Pues á Dios dulce esposo de mi vida.

An. A Dios, alma del alma con que aliento.

Cleop. El destino prospere tus ideas.

Ant. Los Dioses favorezcan tus intentos.

*Marina, naves incendiadas; vista á lo
lêjos de la Ciudad de Alexandria: todos
los bastidores figuran ser peñascos cu-
biertos en sus quebras y cortaduras de
ravage y maleza. Sangrienta batalla
entre Romanos y Egypcios; huyen ês-
tos, aquellos los siguen y desembaru-
zado el teatro, se presenta Octavia-
no con algun séquito.*

Oct. Seguid, Romanos fuertes, el alcance
de esas cobardes tropas. y supuesto
que embarazan sus naves incendiadas
que se puedan poner en salvamento,
acabad, destruid toda la tierra,

toda sea llevada á sangre y fuego,
á ninguno la vida se conceda,
sini que puedan servir de privilegio
el sexó ni la edad, todo peltezca,
de mi venganza al impetu violento,
esas altas murallas que corona
del claro sol el esplendor primero,
caigan en leve poivo reducidas:
su máquina igualada con el suelo
sea de mis furores testimonio
y padron del enojo que alimento.

Ah vil Antonio! tiecbla de mis iras,
que no estarás seguro ni en el centro
de las hondas entrañas de la tierra,
mas no recibirá su obscuro seno
un hombre tan aleve, un alma infame
que á su interés pospuso los respetos
de la amistad: mas yo la culpa tuve
que de mi ardiente amor el objeto
fié de su cuidado: y pues no pudo
mi alma resistirse al embeleso
de Cleopatra, cómo presumiria

que cupiese en Antonio mas esfuerzo?
Pero él debió observar la confianza,
y preferir de la amistad los fueros,
á el alhago y poder de la hermosura;
me ofendió en el honor, pues como due-
me debía mirar de Cleopatra, (ño
y sofocar de amor los sentimientos.

Sufra pues, de su crimen las resultas
porque Octaviano no tendrá sosiego
hasta vengar injurias tan atroces.

Pero qué es lo que miro? ya el incendio
se estiende en la Ciudad: por todas
partes

pueblan las llamas la region del viento,
todo es desolacion, horror y llanto,
segura es la venganza que prevengo:
los Dioses, vengadores del delito
del alevoso amigo, mis intentos
favorecen; el pérfido en mis manos
ha de venir á dar; sí, ya le tengo,
ya lo miro cubierte de ignominia;
á mis plantas está, y aunque es exceso
de mi carácter, con mis propias manos
traspaso ayrado su cobarde pecho,
en menudos pedazos le divido
y con ansioso ardor su sangre bebo:::
fiera imaginacion! dolor tirano!

mas nada es de estrañar quando renuevo en mi ánimo agitado tanta ofensa; suban las llamas pues, hasta los cielos, crezca el estrago, crezca la ruina, y de una vez acabe mi sediento corazon de saciarse en la venganza, para que asi en los fastos de los tiempos, el teson vengativo de Octaviano, á par de sus hazañas viva eterno.

Cleopatra con algunos Soldados.

Cleop. Detente, á dónde vas? suspende el paso, duro opresor de un inocente afecto.

Oct. Qué miro? asi á mis ojos te presentas sin temer, Cleopatra; tu escarmiento?

Cleop. Y por qué he de temer? cuál es la culpa

de qué acusarme puedes? es exceso por ventura el amar? del alvedrio no puedo disponer? no soy el dueño de todas mis acciones? si yo hubiera coronado tus ansias de trofeos amorosos, la grande Alexandría no fuera de tus iras el objeto:

á Antonio preferí, le amé, le amo, y le amaré mientras tuviere aliento: si él faltó á la amistad, tú lo expusiste á tan sensible conocido riesgo:

luego te infaman mas que no te ilustran de tu rigor los trágicos efectos.

Si Antonio te ofendió, con él debias pelear como noble Caballero, tomando cuerpo á cuerpo la venganza: pero extender del ódio los decretos, á los que su inocencia hizo seguros, accion es propia de cobarde pecho.

Vuelve los ojos, vuelve al mar undoso, vuélvelos á la tierra, todo es fuego, tristeza, horror, gemidos y amargura: Lépido, de tus iras instrumento, postra, aniquila, tala, arruina, abrasa hombres, niños, matronas, casas, templos;

recreate en imágen tan funesta, mírate bien en tan fatal espejo, conoce los efectos de la envidia que es móvil de tu brazo, y no el pre-
texto

de la amistad violada; pero tiembla

tirano usurpador de mis derechos y de mi estado; sobre tu cabeza alza la diestra Jupiter supremo, vengando tanta víctima infelice, cuya inocente sangre clama al cielo.

Oct. Si no compadeciese mi nobleza, tu dignidad, tu situacion y sexó, no impunemente tu atrevido labio hubiera proferido esos acentos.

Roma vencida en la pasada guerra, las mismas causas, subsistentes viendo determinó invadir estas regiones; yo que te amaba con ardor tan ciego, de Antonio confié que ladease tu altivo corazon, y que en secreto tratase nuestra union, y se agregara tu sólio á los laureles que poseo;

vino á este asunto, y pérfido y aleve logró hacerse lugar tanto en tu pecho, que tu mano alcanzó; supe mi injuria, y á vengarla he venido: de tu Reyno la conquista no mueve mis Legiones, pues cubren hasta el Polo contrapuesto las Aguilas de Roma con sus alas, tanta es la basta mole de mi Imperio: tampoco tu hermosura me conduce, que lo que ántes dulzura, ya es veneno; y muger de un indigno poseida, de un hombre como yo, no es digno

objeto: Antonio me conduce, él solo mueve las numerosas huestes que gobierno, veale yo á mis pies, veale ajado, veale en fin, á mis impulsos muerto y cesará mi saña; tú le amparas eres su esposa, él rige de tu cetro, por consequéncia clara los dominios y yo permitiria que creciendo á favor de un delito, se elevára un rival á mi mando que de medios tan iniquos y viles se ha valido? eso no; morirá si es que el Aberno no le rescende en sus lóbregas moradas; y siguiendo las huellas de Teseo, no baxo yo al abismo, y en sus sombras á las furias por víctima le ofrezco.

Cleop. Si á eso solo tus ansias se reducen, el conseguirlo es fácil, en mi pecho Antonio vive mas que no en el suyo

yo soy su mejor vida, yo le presto
el aliento que goza, por mí vive,
yo le ansio, traspasame severo
el tierno corazon, á Antonio matas
y miras tus rigores satisfechos:--
qué te detiene? acaba con mi vida.

Sale un Sold. Ya es tuya la Ciudad y
Antonio es preso.

Cleop. Triste de mí! mi muerte es ya se-

Oct. Ahora llorarás, tirano objeto
de un amor infeliz, las conseqüencias
de mi ofendido honor, ese perverso
á quien solo por ciega la fortuna
pudo hacerle acreedor á tus efectos,
dará satisfaccion á mis agravios;
no habrá pena cruel, no habrá tormento
que en él no se execute; esta esperanza
alivia el duro, el riguroso peso
que oprimia mi alma; yo quisiera
que mil vidas tuviera ese protervo,
y aun no serian todas suficientes
á apagar de mis iras el incendio.

Sí, ingrata, sí, la muerte le rodea,
la muerte inevitable, no hay remedio;
en menudos fragmentos dividido
de las voraces fieras alimento
será su informe pálido cadaver;
no volverás á verle; á los recreos,
á las tiernas vivisimas finezas,
que eran el alma de un amor tan reo,
succederán las ansias, los pesares,
la amargura, el dolor, el desconsuelo,
y todo quanto cabe en las ideas
mas horrible, mas triste, mas acerbo
y mas desesperado: pero cómo
aquí contigo tanto me detengo?
seguidme todos donde el Orbe vea
de la amistad violada el escarmiento.

Cleop. No tan facil te arrojes, Octaviano,
á la venganza; inclínate á mis ruegos;
infeliz mas que perdido es Antonio;
esta triste hermosura que detesto
procuró con alhagos seducirle,
yo soy la causa de su exceso;
vióme, pero me habló en tus intereses;
tus prendas ponderando, engrandeciéndome
tu persona, tu espíritu, tu fama
y elevacion que me ofrecia el cielo,
qué no habló? qué no dixo? qué no hizo?

mas yo débil, no pude, no, crecí,
resistió, pero en vano, á mis caricias,
á mis finezas, lágrimas y ruegos,
en fin, yo le seduxe; considerá
si era fácil librarse de este riesgo;
mas supongo tu ofensa; tanto puede
en hombre de carácter tan excelso
un agravio de amor? qué dirá el mundo?
que Octaviano, aquel héroe á quien
dieron
tanto aplauso las voces de la fama,
eternizando sus insignes hechos,
obscureció sus glorias adquiridas,
y manchó su renombre con el feo
borron de una venganza; ah! no
consientas

en tu opinion tan grande vituperio,
triunfa de tí, Señor: un beneficio
suele ser el castigo mas violento
de un ingrato: si Antonio te ha ofendido,
vengate con nobleza, y será eterno,
aun mas que tus hazañas, este rasgo:
mas si lugar no se hacen en tu pecho
mis razones, descarga en mí tus iras,
yo soy quien te ofendió, yo pagar debo
la seduccion de Antonio, por su vida
la mia sacrifica; y si el exceso
de la venganza buscas, aprisiona
con cadenas durisimas mi cuerpo,
triumfa de todo Egipto, vuelve á Roma
y al carro de tu triunfo el Universo,
admire á Cleopatra aprisionada,
hecha del vulgo infame vilipendio;
y luego á los tormentos mas crueles
mas espantosos, hórridos y nuevos,
entrega inexorable el ser que ansio;
pero nombra Antonio, él es mi dueño;
es mi esposo, pagarle es necesario
las finezas amantes que le debo;
yo por Dama, por Reyna, y afligida,
esta piedad, este favor merezco,
y tí debes hacerle como César,
como noble y valiente Caballero;
muera yo, gran Señor, mi esposo viva,
esto solo suplico, esto te ruego,
muevan tu corazon tantos pesares,
tantas ansias crueles que padezco,
y ver en fin que tus invictas plantas,
con doloroso llanto, humilde riego,

6
 Oct. Oh fineza de amor! cuánto está her-
 mososa! (tierno)
 cuánto he perdido en tan adquirir tan
 tan fino corazón en tan hermoso, tan
 tan peregrino singular objeto?
 mas cómo si me acuerdo de mi injuria
 puedo estar indeciso ni un momento?
 vive tú, Cleopatra, vive, goza
 si quieres el dominio de tu reyno,
 porque te desengañes que no puede
 ser tu ambición el móvil de mi esfuerzo;
 pero Antonio es forzoso se castigue:
 tu situación y estado compadezco,
 mas no puedo acceder á tus instancias
 porque mi fama, mi opinion, mi impe-
 ni honor y confianza vulnerados, (tío,
 no permiten que dexé tal exemplo
 sin el justo castigo: por los altos,
 por los sagrados Númenes protesto,
 que la justicia se une á mi venganza,
 y no puedo faltar á su respeto.

Vase con los suyos. (do,

Cleop. Idos todos, dexadme, yo os lo man-
 obedecedme como á vuestro dueño.

Vanse los suyos.

En fin, desamparada y afligida,
 sin esperanzà alguna en mi tormento
 me miro, y viviré? no, no, muramos,
 muramos de una vez y del despecho,
 siguiendo los impulsos: mas qué digo?
 las acciones mas grandes, los sucesos
 mas bien premeditados y creidos
 por seguros, tal vez, desvanecerlos
 consigue un accidente inopinado;
 acaso en mi favor los altos cielos
 alguno dispondrán: desconocida
 el destino de Antonio me resuelvo
 á esperar: entré tanto, estos despojos
 que me adornan, á orilla del mar dexo,
 y podrán persuadirse que en sus aguas
 busqué desesperada mi remedio;
 errante, peregrina é ignorada,
 mas fácil me será saber lo cierto
 de la suerte de Antonio; si viviere,
 me uniré á su destino; mas si adverso
 el suyo, su fin trágico prepara,
 entónces moriré, que valor tengo
 para mas: altos Dioses inmortales,
 que mirais tan amargo desconsuelo,

vuestro favor invoco, socorredme,
 ó acabad de una vez tanto tormento.

Vase, y se sale Antonio.

Ant. Venció el oro las guardas, y ayu-
 dado

de Máximo, mi amigo verdadero,
 y como tal de Lépidio enemigo,
 huyo dudoso tan seguro riesgo,
 y bien seguro, si advertido escucho
 de militares tropas el estruendo
 que resuena á esta parte; la maleza
 sea de mis temores el remedio.

*Eseñdese, y salen algunos Romanos
 con luces.*

Sold. Aquí quedó; mas nada se distingue;
 murió sin duda alguna, y los recelos
 del Cesar nos confirman, de sus ropas
 despojos esparcidos por el suelo:
 murió la Reyna, amigos; no ha men-
 tido
 el rumor divulgado, apresuremos
 los pasos, y llevemos la noticia.

Vanse, y vuelve Antonio.

Ant. Qué he oido infelice? estos acentos
 serán verdad? serán? mi desventura
 ha llevado el destino á tal extremo?
 será posible? sí; cómo dudarlo!
 estas ropas, no son los ornamentos
 de la Reyna? no es esta su corona,
 y este su real manto? sí, son ellos:
 ellas son! ay de mí! mi desventura
 llegó á lo sumo! de mi fuerte pecho,
 romper el corazón quiere la carcel,
 con latidos mortales! qué funestos,
 qué trágicos anuncios me rodean!
 todo soy confusion, horror y miedo!
 Cleopatra murió desesperada,
 en las aguas buscó su monumento,
 por no sobrevivir á mi ruina,
 ó locura de amor! ó duro exceso
 de fineza! Mi bien, Señora mia
 ya no veré los ojos que pudieron
 ser afrenta del sol? ya tu hermosura
 se eclipsó para siempre? ya á los rayos
 de las sombras tu espíritu ha laxado?
 llevarásme contigo por lo ménos;
 que no es vida, no es vida, sino muerte
 esto que me dexó tu fin funesto!
 Ay dulces prendas por mi mal halladas,

dulces y alegres, quando en otro tiempo os ilustró mi esposa! quien dixera que llegaríais un dia á ser objeto de horror á mi cansada triste vida! dónde, dónde se encuentra vuestro dueño?

ya no vive, no existe, lo conozco, lo conozco, mas como lo tolero? vosotras, tristes prendas, mudamente acusais mi cobarde sentimiento, qué queréis? qué decis? que yo la siga, y me arroje á morir? y os lo prometo, (za,

porque faltando á un triste la esperanza la vida es duro insoportable peso.

llorad, ojos, llorad, que no es desdolor del valor, quando llega á tal exceso la causa, y tan sensible se presenta: regad con vuestras lágrimas el suelo; las ondas aumentad al mar furioso, el alma destilad, dolor inmenso! Campos de Alexandria desdichados, acompañad mi amargo desconsuelo; ya no vereis la hermosa primavera, que á vuestras verdes plantas daba aliento: (ha,

ya os faltó el mejor sol que os animaba y agostados, estériles y secos, tanta lozana pompa convertida, que la mirareis en árido desierto.

Ay mi bien! dulce esposa, dueño mio, dónde estás? vida mia, qué te has hecho? (panto,

mas si de el reyno obscuro del este es licito mirar lo que padezco, y admitas como vivo, no lo extrañes, pues si el morir dilato, es porque quiero hacerte sacrificio de la pena, alabando dolores tan intensos; que pérdida tan grande, por la causa, por el modo, y en fin por los efectos, demostraciones pide mas sensibles, pidiendo está mas rígidos extremos.

Tempestuoso mar, que en tus cristales recibiste el gentil hermoso cuerpo de mi adorado bien: si las deidades, que en las cabernas moran de tu centro sientan piedad, si amaron algun dia, pues venerarlas supe, yo las ruego

que compadezcan mis mortales ansias, y en tus ondas me muestren el ya yerto y pálido cadáver de mi esposa. omea vea yo sus despojos, y sobre ellos, el exhalar me osea concedido, el espíritu débil que se conservo, la Hamiguroso bárbaro Octaviano, ya estás vengado, sí, ya yo estoy

del modo mas cruel y mas tirano, ya estarán tus rigores satisfechos, pero te he el castigo que preparo de mi furor el vengativo exceso, la cólera del bado, y el enojo de las deidades: Jupiter excelso, castigará tu pecho endurecido: ó en vano envia su poder saqueado, abrasadores rayos á la tierra...

mas á mi desventura, qué consuelo producirá venganza tan inútil? perdida la opinion, la patria, el reyno y sobre todo mi adorada esposa, hay algo que esperar, destino ed verso! la muerte, si, la muerte hórrida y fiera,

que á sufrir despechado me prevengo entre estas rocas que serán inústos testigos de mis ayes postrimeros. Espiritu gentil, alma dichosa, malograda hieldad, trágico exemplo de fortunas amantes, gloria mia, de mis ansias dulcísimo embeleso, si del profundo, si del negro lago *Con el punal.*

no pasaste las aguas, un momento espera, aguarda al desdichado Antonio que tu destino misero, siguiendo, acaba de infeliz, de perseguido, de amante, de leal, de fino y tierno.

Díse, y cae y sale Cleopatra.

Cleop. El contorno de tropas rodeado, que por el campo todo discurriendo van con luces, mis pasos amedrenta, y volviendo la planta en los soberbios y crizados peñascos que el mar bate con sus ondas, hallar abrigo intento: tal vez entre sus queiebras ignorada me podré conservar... pero qué veo? un cadáver es rémora á mi planta:

Egipcio me parece... pero cielos, ¿no es Antonio? si, él es; desventurada como á tal espectáculo no muero? mi bien, señor, esposo y dueño mio, tú de sangriento humor todo cubierto! el pecho que fué mio traspasado, y yo viva? ¡ó indigno sufrimiento! cobarde pena, dobla la eficacia, pesares, venid juntos, llegad presto; franca teneis la entrada, qué os detiene? acabad esta vida que aborrezco: ¿no llegáis? aun la muerte se le niega á quien la pide y busca por remedio? Ah Octaviano cruel! ya se han logrado de tus atroces ansias los efectos; pero los altos Dioses, que no miran indolentes tan bárbaros excesos, déales justo castigo; el sol te niegue de su apacible luz los rayos bellos, el mar embrabecido te confunda, rompa sus consistentes ligamentos la tierra, y en sus lóbregas entrañas. halle tu vida obscuro mausoléo: no conozcas la paz ni los amigos, seas odio comun del universo: enamorado vivas, y no encuentres correspondencia alguna, sino zelos, del hombre mas indigno y despreciable las furias, las cabernas del Ebeo, dexen, y su ponzoña abominable, á porfía derramen en tu pecho; y en fin, desesperado y sin auxilio mueras del mismo mal que yo fallezco: y tú, despojo infausto de aquella alma á quien el orbe todo vino estrecho, supuesto que me mueves á que imite la miserable suerte de tu dueño, ya sigo tus impulsos; y pues tanto de áspides es fecundo este terreno, prepara, ingrato trágico destino, los mas crueles á mi fin funesto; llegad, llegad desapiadadas fieras,

en mi pecho cebad vuestro veneno, esparcid en mis venas la ponzoña que os dió naturaleza... por momentos siento su actividad; y congelada la sangre mia... corta el movimiento á mis trémulas plantas... qué fantasmas se ofrecen á mis ojos... ya no puedo resistir... ay de mí!... desfallecida... imposible es sufrir... ronco el acento... sin pulsos... ay dolor!... Antonio mio... ya Cleopatra te siguió muriendo:

Cae, y salen Octaviano y Romanos con luces.

Oct. Por aquí me seguid... pero qué triste y horroroso espectáculo estoy viendo Antonio y Cleopatra! él penetrado el corazon de matador acero, y ella... qué dura imágen! rodeada de áspides venenosos que en su seno, ceban el ansia hidrópica de sangre: fatal pintura! lastimoso exemplo! todo lo que ántes fué rencor y saña, es ahora piedad: habrá un momento que de Antonio la muerte deseaba, y quando ya cadáver le contemplo, lágrimas de ternura me ocasiona; qué mucho si á su lado el embeleso está que aprisionaba mis sentidos! aun la muerte no pudo á lo perfecto de su ser despojarle la hermosura! Estos, rapaz vendado, estos, Dios ciego, son de los que te sirven mas rendidos los gustos, las venturas, y los premios? ó mal haya mil veces el que torpe su noble libertad rinde á su imperio! recoged esos cuerpos miserables víctimas del amor, que yo prometo eternizar su fama en su sepulcro, porque sirva en los tiempos venideros, de Antonio y Cleopatra la memoria, á los ciegos amantes de escarmiento.

F I N:

Valencia: En la imprenta de José Ferrer de Orga.

Se hallará en la librería de José Carlos Navarro, calle de la Lonja de la Seda, así mismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias y Autos Sacramentales, Saynetes y Unipersonales.